

Rescate de Documentos

Expulsado del paraíso: historias de la Edad Dorada Generaleña

Sergio Barrantes Elizondo



Agradecimiento

Agradezco profundamente a la Licda. Teresita Zamora P., Directora de la Revista Comunicación, la oportunidad de publicar en la sección "Rescate de Documentos" de ese prestigioso órgano del Instituto Tecnológico de Costa Rica, unas notas autobiográficas que he mantenido reservadas.

De igual manera, agradezco el invaluable aporte del profesor Gabriel Vargas Acuña, quien me ha estimulado tanto para que publique mis trabajos, y quien ha corregido con gran paciencia y acierto una por una las líneas de unas notas un poco desordenadas que le entregué.

PALABRAS CLAVE:

Pérez Zeledón, generaleño, Sergio Barrantes, campesino, topógrafo, edad de oro, notas autobiográficas, La Angélica.

KEY WORDS:

Pérez Zeledón, generaleño, Sergio Barrantes, farmer, topographer, golden age, autobiographical notes, La Angélica.

Resumen

Este documento es el producto de la selección de una serie de notas autobiográficas preparadas por el señor Sergio Barrantes, finquero, topógrafo y activo personaje de la cultura en Pérez Zeledón, cantón XIX de la Provincia de San José. Escogió el autor una serie de cuadros de sus experiencias de crianza, producción, educación y desarrollo personal entre los años 40 y 70 del pasado siglo en uno de los valles de más tardía colonización en el territorio costarricense.

Abstract

This document compiles several autobiographical notes. Sergio Barrantes, a farmer and topographer, well-known in his hometown, Pérez Zeledón, chose a series of paintings that portray upbringing and personal experiences as well as his education and self-development between 1940 and 1970 in one of the latest- colonized valleys in Costa Rica.

Tuve el privilegio de ser uno de los escogidos a quienes les tocó vivir en El General de antaño durante esa singular época que hoy día digo que fue comparable a la Edad Dorada cervantina, o al bíblico Paraíso Terrenal. La manera en que recuerdo mi vida en el General de antaño pueden calificarla los estudiosos como una visión mítica; pero los que tuvimos el privilegio de estar en ese momento y lugar podemos dar fe de que existió realmente el paraíso, y existirá para siempre incrustado en nuestras almas.

Nací en medio de aquel hermoso valle en el año 30 del siglo pasado, y puedo decir que mis ancestros fueron, por un lado, forjadores y, por otro, sepultureros de aquel paraíso. Siento hoy en mi mente tal gloria como si todavía existiera lo que conocí y, de cierta manera, todavía existe en mí que soy la continuación. Soy parte de esa historia. Uno de los últimos sobrevivientes de aquella época. Y se las voy a contar así.

REENCUENTROS EN LA ANGÉLICA

La casa donde crecí, y que en honor a mi madre llamamos "La Angélica", la vendieron. La mitad de mi vida se fue con ella.

Por dicha, hijos y sobrinos con gran visión la adquirieron nuevamente casi 50 años después. El Estado, por considerar reliquia histórica aquella antigua casa de madera, la patrimonió y reconstruyó. El 10 de enero del 2005, ya restaurada, la entregaban en un acto oficial. Yo, convencido de

que mis padres, hermanos y familiares desde los otros mundos ansiaban comunicarse con quien los amaba, me introduje en ella dos horas antes de la entrega, y al adentrarme esto sentí, y anoté.

Hace exactamente 18 360 días desocupamos este mi hogar de crianza. La habíamos vendido al mejor postor. En adelante sentí que había cometido una traición. Todo esfuerzo de mis padres por liberarnos del jornal, irresponsablemente lo habíamos tirado por la borda.

Nací y viví hasta los cinco años en la casa vieja, situada 400m más adentro en la propiedad. Era de teja y de piso de tierra.

A inicios del año 36 nos trasladamos a esta Angélica. Techada de zinc, pisos de madera, ventanales de vidrio y amueblada. Gloria fueron esos tiempos vividos en ella.

Crecer en el mejor hogar con los mejores padres y el ambiente ideal fue un sueño, y una experiencia indescribible. Haber perdido nuestra amada casa y regresar nuevamente a disfrutarla cincuenta años, cuatro meses y veinte días después, era otro gran regalo.

Ni sé cómo explicarlo. Imagino ese tiempo fuera de la casa como perdido en otros mundos. Me parece que tales tiempos no transcurrieron, y que todo aquí se encuentra tal cual estaba cuando el 20 de agosto de 1954 la entregamos al comprador, y que hoy toda mi familia con vítores me está recibiendo para quererme

todo lo que dejó de quererme.

Ido me encontraba en la casa recuperada, cuando los nubarrones empezaron a aclararse: los espíritus de mis padres poco a poco se incrustaban en mi alma. Querían que comprendiera todo.

Como pluma me transportaron por el aire y por el tiempo. A Dota de 1908 me trasladaron: la pareja más humilde, pura y pobre se está uniendo en matrimonio. Mis padres se están jurando amor eterno.

Cinco años después, y aún en Dota, miro a mi padre paleando los cafetales de don José Ureña a sesenta centavos el jornal. Mamá ya tiene tres hijos: Félix, Lilia y José Joaquín. Llega con el almuerzo (aguadulce, chayote y frijol). Papá está desfigurado. Los parásitos y la hambruna lo están matando, está como sin voluntad. Apenas probó el aguadulce y se destapó a vomitar.

Su hermano Napoleón ya en este tiempo vivía en El General. De milagro ese día pasaba por Dota, y al encontrarse aquel hermano tan maltrecho y hambreado, groseramente le dijo: "Joaquín usted se está muriendo de hambre en estos peladeros doteños por bruto. Allá en El General, tierra y qué comer sobra. Haga el arranque. De donde mí para dentro todo es libre. Ahí coge la tierra que le venga en gana. Le presto una trojilla mientras construye su rancho. Por la comida y la semilla me ayuda tres días por semana, los otros cuatro apea montaña

en lo propio para en marzo quemar y sembrar en seco."

Mamá ni pensó que en ese 1913 El General era un solo culebrero con cuatro familias entre montañas aisladas a tres jornadas por el Cerro de la Muerte. En nada de esto mi madre pensó. Solamente sabía que cualquier cosa era mejor que morir de hambre.

Como en sueños esto lo miraba o sentía que me lo dictaban desde ocultas dimensiones.

Tres meses después los sentía cruzando el Cerro de la Muerte. Papá venía adelante cargando el bastimento, con una ternera de diestro y diez colones en la bolsa. Mamá lo seguía con José Joaquín en brazos, seguida de un familiar que cargaba a Lilia en una java y con Félix de la mano.

Inmediatamente los miré ya en la troja de tío Napoleón en el General: trabajándole los tres días por semana convenidos y los otros cuatro apeando montaña en el baldío. Rápido todo transcurrió.

El verano siguiente fue el mejor. El 19 de marzo les dio fuego a las ocho manzanas apeadas: "Quedaron como nalga de india -decía mi padre- hasta la tierra se quemó: palencones, tronconeras, todo quedó en ceniza."

Después del fuego iba mi padre clavando hasta el ojo la macana sembrando todo. El 20 de abril se desgranó el primer aguacero. Toda el agua del mundo se vino de un tirón. La tierra como esponja la absorbió. El alma me iba a estallar, ni sé si

en tierra, agua, arroz, maíz o tubérculo me convertí. Mientras me deslizaba por el esponjado macanazo agua y tierra era, al empapar el maíz. Maíz.

Fuerte y corto fue aquel baldazo. Pronto el sol resplandecía en todo su esplendor. El aromático vaho de ceniza y tierra mojada me invadía. Daba armonía a mi espíritu.

En adelante llovió moderadamente, como Dios lo proponía. Ni grano, ni tubérculo ni nada se perdieron, abundantemente todo se multiplicó. Hasta ahí llegaron las hambrunas de los Barrantes Elizondo. Año con año más volteas, más vacas, más chanchos, caballos, leche, queso, arroz, frijoles, maíz...

Mis padres, sin proponérselo, ya en el 17 tomaban liderazgo. En ese año contrataron a maestro para que enseñara a mis hermanos a leer y escribir. Y parece que tanta ignorancia es milagrosa. En cuatro meses hasta mi hermano José Joaquín, con cuatro años, aprendió también.

Como espumas mis padres surgían: solamente que su inocencia y este aislamiento los llevaron a dar forma a otro mundo. A su mundo, con sus propios códigos, reglas y leyes. Allá tras el Cerro regían los tres poderes. De este lado, Joaquín Barrantes.

Así, sin proponérselo, dieron forma a un frágil ecosistema para una endémica especie Barrantes nacida de este lado del Cerro.

El aterrizaje del primer avión en el 31 inició el resquebrajamiento. Por el potrero que servía de aeropuerto entraron gentes con costumbres y mañas de allá. Pero este cruzar por los aires el Cerro, apenas fue un campanazo de alerta. La gota que realmente derramó el vaso aconteció al tronchar la carretera Interamericana, medio a medio, el cerro de la Muerte, hasta dejar vía para que la "civilización" en pleno y a borbotones invadiera todo. Pronto nos dimos cuenta de nuestra fragilidad. En muy poco tiempo El General era un pueblucho cualquiera, cundido de cantinuchas, putas y puteros. Con rapidez desaparecían los aromas silvestres: olores a gasolina, penicilina, dispensario y venéreas, lo sustituyeron.

Se marchitaba el paraíso. Le habían dado mortal estocada. Nos dimos cuenta de que superábamos aquella enfermiza realidad capitalina o terminábamos hediendo igual.

Todo parecía perdido. Bastarnos había sido nuestra gloria bajo este techo. Fuera todo era fracaso infernal.

Al ver que se adentraba ese mundo errado, sentí que me aplastaba, me trituraba por dentro. En aquel momento, un abrupto y salvaje acople tuve que soportar: sobre mi frágil paraíso se empezó a imponer un nuevo mundo hasta entonces desconocido, el de la insoportable descomposición social capitalina, la misma que destruye todo el planeta.

Los nacidos en El General ese año de 1944 ya no pu-

dieron ser los mismos. Estos jóvenes, con razón, tuvieron que empezar a socar tornillos aquí y a aflojar otros por allá para buscar el acople entre dos mundos. Con más razón lo tuvieron que hacer las generaciones siguientes, a muchos ya los iban consumiendo el mal humor y los vicios.

Hoy, entre estas cuatro paredes de mi antigua casa, pude volver a ver la luz como en el lejano pasado.

Quiero decir que grandes yerros no cometí mientras estuve fuera y que dichosamente no me ha tocado sufrir. Simplemente di tumbos, como todos, empeñado en acoplar engranajes de calibres muy diferentes. El generaleño antiguo, recio trabajador pero frágil criatura, es delicado como armiño y ante la brusca e irracional descomposición social, no halla qué hacer. Muchos se hundieron, no encontraron sentido a lo nuevo y, enfermos, terminaron sin entender lo que había pasado.

Este par de horas en mi Angélica me lo aclararon todo. Empeñado en mezclar agua y aceite he pasado estos cincuenta y tantos años fuera, obteniendo únicamente este cóctel de culpabilidades, por lo que hice, no hice o dejé de hacer. Estas horas entre las antiguas paredes iluminaron mi mente.

Aquí terminó mi experiencia de ese rato en mi casa recobrada. Ya venían todos a inaugurar la casa y no podía seguir meditando ni conectado al pasado. Así que con los demás me reuní y cumplimos con el acto formal de entrega de la casa pa-

trimoniada, nuestra Angélica resucitada.

LE DIMOS FUEGO AL PARAÍSO

El 20 de marzo de este mismo año 2005, esperando en un nuevo contacto espiritual ancestral, meditaba nuevamente en "La Angélica". Cuando en mayor concentración me encontraba, alguien llamó a la puerta. Al acudir al llamado, me enteré de que quien lo hacía estaba ahí por equivocación. Era otro sitio el que buscaba, pero como es costumbre en esta patrimoniada, siempre le pedí sus calidades para nuestro control.

Bastó pedirle el apellido, y contestar "Barrantes", para pasar a preguntarle:

"¿De cuáles Barrantes?", le pregunté "De los de San Ramón", contestó.

"¿De los de Lico Barrantes?", repregunté. "Ese es mi abuelo.", afirmó.

De par en par, una ventana del pasado se abrió. Retrocedí 69 años. Yo era un niño de seis años.

Las 7 de la mañana del 20 de marzo de 1936, eran. La misma hora y día de hoy, pero 69 años atrás.

Ayer 19 de marzo de 1936 quemamos la socola. Fue la mejor quema en nuestra historia de quemadores: tronconeras, ramazonadas, convertidas en ceniza. "Triunfo total: asegurado tenemos el maíz del año", dijo Papá. "Solo falta sembrarlo en seco junto con los otros granos, tubérculos y legumbres. Hay que ir a celebrarlo con tío Beto". Y agregó: "Ayer fue

19: su socla debe haber quemado también”.

Ese fuegatal quemando todo, lo engrandeció, porque sin titubeos me ordenó ensillar el caballo de mi hermano, animal que era intocable para ambos. Y sin más partimos.

Esas mismas abras de mi tío Beto, Lico Barrantes las compró en el 44. Pocas abras hay por aquí. Las de Papá y las de tío. Más allá y del otro lado, han hecho otras y la del campo de aterrizaje por lo que 12 kilómetros de trillo que recorreremos hasta las de tío, son montaña virgen.

Diez años tenía mi hermano Hernán en esas fechas y era muy enérgico. Anochece cuando regresábamos. Humillado mi hermano se acercó. Por vez primera lo miré inseguro y sin convicción cuando me dijo “¿Con qué permiso se llevó mi caballo?” Tan humillado lo dijo, pero tanto, que hasta yo me envalentoné y a gritos le contesté. “¡Papá me autorizó!”. Ni chistó. Me dolió verlo retirarse con el rabo entre las piernas.

De pronto, retrocedí hasta el año 32. Sacaron emergentemente a Hernán hacia la capital en un avión expreso con el apéndice explotado. ¡Y regresó vivo pero con aquel machetazón en media panza!

En nuestra ignorancia, ni idea teníamos de lo que trataba una operación. No discerníamos qué extrajeron o metieron por aquella herida. Imaginábamos en un estornudo o el menor esfuerzo, costuras reventando por dentro y por ahí saliendo

vísceras y desperdicio. La aldea en pleno, se aglomeraba a admirar aquel milagro. Mi padre, orgullosamente, le levantaba la bata a Hernán para que le admiraran el gran cortadón. Con la boca abierta quedaban. No se cansaban de rezarle salves y letanías. Hasta indios y sukias enmontañados bajaron a admirarle.

Me encontraba aturrido por mis propios recuerdos. En frente de aquella visita, de aquel lejano pariente que por error había llegado aquel día a la Angélica, yo seguía distraído rememorando viejos hechos de mi infancia. Intentaba regresar al presente pero seguía saltando de año en año de aquella lejana década.

EL PARAÍSO ME DIO LA BIENVENIDA

Ya ni comprendo mis regresiones: ahora mi alma me induce a introducirme dentro de mi mismo por el ombligo. Ya en el torrente sanguíneo, convertido en partícula, llegué hasta mi formación en el vientre de mi madre.

Una madrugada mi madre me expulsó. La casa en que nací estaba situada a este lado y cerca del río, junto al aserradero vertical y al trapiche, que eran movidos por un caudal de agua que hacía girar una enorme rueda de pesas.

A este lado del río, además de esas construcciones, se encontraban los potreros con corrales y galerones en donde caballos, vacas, gallinas, patos y chanchos llegaban a comer y dormir.

Del otro lado, montaña virgen hasta la cordillera. Sería necio intentar enumerar su flora y fauna. Baste decir que mañana y tarde veíamos y escuchábamos, pavas, pavones, perdices, yerres, chirincocas, monos congo, carilla y colorados, guatusas, quioros, cusingas y cientos de avecillas canoras y coloridas.

Así, uniendo las voces de los animales domésticos a las de la montaña, este paraíso me dio la bienvenida.

Mi padre, el mejor padre, me enseñó el disfrute de la naturaleza. No había insecto, flor, o nido de pájaro que se nos atravesara, que él no tomase el tiempo para disfrutarlo conmigo.

Uno de mis bellos recuerdos infantiles, llega a mi mente. Más bien, vuelve a acontecer en este instante. Pues aunque esté hoy aquí, me siento transportado a aquellos días y vivo y siento lo que en los dos mundos acontece. Tal vez soy un niño con madurez de viejo. O un viejo con alma de niño... Tengo 5 años: voy junto a mi padre por un trillo, montaña adentro.

Papá va a hablar con su peón, un hachero que le hace tucas para aserrar en el aserradero vertical. Para cada nido de pajarillo que en el trillo aparece, toma tiempo para que lo admiremos. A los copas de los árboles me sube para que mire los pichones. Siento al superhombre elevándome. Miro tres pichones abriendo los piquitos, dos bien fuertes, el otro flaco y revejido. Arañas, chicharras, todo por el trillo vamos observando,

hasta que llegamos donde el peón.

El hachero estaba esquivo. No quería iniciar su labor. Había tumbado el árbol la víspera pero se resistía a tucarlo. Le insististe, papá. Entre dientes, te dijo que le llegaba tufo a culebra. Que ese gran tufo era de un culebrón. Ni atención le pusiste. Nuevamente lo alentaste, y él finalmente se aventuró.

Habría caminado unos cuatro metros sobre el cañón del palo cuando gritó: “Joaquín, Joaquín, aquí está el culebrón”. ¡Fue hasta que aquel animalón mandó el tarascazo, que te llegó el tufo. Y Jelio, que así se llamaba el peón, a machetazos como tenía que ser, tasajeó aquella rodaja de bocaracá. Apenas terminaría de matarla, cuando gritó nuevamente. “¡Aquí está la otra hideputa!”. La mató también, y agarrando el almuercillo y mascusianado, se marchó diciendo: “Cuando estas bichas se embraman apenas en el rancho se puede estar”.

Nosotros hicimos lo mismo. Pero cuando voy a dejar ese recuerdo para regresar al presente, viene a mi mente otro culebrón tan descomunal como las que aquella vez mató Jelio.

Tendría tres años cuando miré una gran serpiente que estaba muerta en medio potrero. Mis hermanos la habían matado en la montaña y la trajeron hasta ahí. La rodeaban admirándola. Uno me ofreció su chirincoca si pasaba sobre ella de la cola a la cabeza. La chirincoca era una avecilla bellísima, café oscuro con verde tierno tornasolado, grandes patas

rojas y pico largo del mismo color. Uno de ellos la había cazado con tureca cerca del zuampo, y la mantenía encerrada. Como sabían que me encantaba porque alrededor de su encierro me pasaba todo el día, quisieron ofrecermela como premio por hacer algo que me atemorizaba.

Me fueron animando. De cola a cabeza sobre aquel culebrón fui pasando. Aún siento mis descalzos piesecitos espinándose en el espinazo de aquel escamoso

y mal oliente bicho. Todo el cuerpo se me estremece. Ni sé de donde salió tal valor. La chirincoca era mía.

Otro recuerdo, esta vez menos atemorizante, es de la pata de colores. Una pata se había perdido y apareció anidada bajo el aserradero vertical, exactamente donde caía el aserrín, y a como caía y del color de cada tuca fue construyendo su nido. De todos los colores del mundo era su nido.

Cuando nacieron los patitos, me bajaron a conocer-

los. Por entre las alas de su madre se asomaban. Fue un ensueño mirar, en medio de aquel colorido portal, el montón de cabecitas asomándose bajo tan especial mamá. Hoy sé que jamás tuve ni tendré momento más perfecto.

EL PARAÍSO AMENAZADO

Como baja una piedra por una ladera, así salta mi mente de recuerdo en recuerdo. Ahora salto hasta el año 38. Mucho más allá hicieron más abras. En ellas construyeron un templo, una

escuela y una plaza. Curas, maestros y autoridades llegaron. Debía ir a la escuela. Hasta ahí me trasladaron.

Para hacer productiva y próspera nuestra hacienda, mis padres habían creado sus propios códigos disciplinarios, sus propias leyes. Todos nos movíamos a una sola voz, la de mi padre, única ley que conocíamos y respetábamos. En cambio en el naciente pueblo, nada de esto tenía caso. No existía ninguna disciplina. Las autoridades, un par de perezosos dormilones. La maestra, aparte de repetir páginas de libros, otra cosa no sabía ni hacía. El cura era un panzón dormilón que de la iglesia no salía. Tuvo que pasar mucha agua bajo el puente para comprender que este fue el obstáculo que se me atravesó en la vida: acoplarme a este vivir muerto.

Ese permanecer mañana y tarde escuchando una frustrada maestra repitiendo MAMÁ AMASA LA MASA. LA MASA AMASA MAMÁ, me enloquecía. La nostalgia por el campo me invadía. No escuchar los coros silvestres y los ruidos domésticos me podría el alma. Aquel repetir impuesto por aquella pobre sin vocación ni seso, multiplicaba mis torpezas. Nada, ni compañeros, ni maestros, ni yo me soportaba a mí mismo.

Nada aprendía. Cada vez más torpe me volvía. Noche a noche soñaba surcando cielos hasta aterrizar en la hacienda: encerrando terneros, ordeñando vacas, echando cuajo a la leche y escurriéndole el suero, echándole éste a los chan-



chos, prensando el quesillo hasta hacer el queso.

Terminó el año. Estaba feliz. Sabía que lo había perdido. Solo esperaba la nota de reprobado para refundirme en la hacienda y no salir jamás. No fue así: la escuela necesitaba un mínimo de doce alumnos, para abrir el segundo grado el año siguiente. Yo era el número 12. Me pasaron, y a rastras me fueron llevando hasta sexto. La escuela debía subir de categoría. Ese año alcanzaron el primer diplomado de sexto. Yo apenas delectaba, cuando seis años después volví a la hacienda. Ni ella ni yo éramos los mismos.

Un año escaso tendría de mi nueva reincorporación a la hacienda, cuando por el mismo trillo que conduce al Cerro de La Muerte llegaron unos ingenieros trazando una carretera. Tras ellos venían tractores y todo tipo de maquinaria dándole forma. Como tenía que suceder. Aquella carretera surcando de lado a lado el Cerro, dejó vía libre para que por ahí entrara a borbollones, la peor garulla imaginable. Gentes que en un santiamén todo llenaron de garitos, putas y puteros.

Pronto por las calles se vieron toda clase de personajes. A pacholí y a azufre olía toda la aldea. Los tiempos apocalípticos, bíblicamente pronosticados, habían llegado. Hasta los bosques se habían puteado.

Pero la que estaban construyendo no era cualquier carretera y la época en que estábamos no era cualquier año. Gringos y nazis pelea-

ban. El canal de Panamá peligraba. Había que unir por tierra a cualquier costo E. U. con el Canal de Panamá. Toda la plata y maquinaria del mundo, en nuestra aldea se acumulaba. Con tractores, hachas, gasolina y fuego todo tumbaban y quemaban. No quedó piedra sobre piedra. Era una fogata infernal, que dio cuenta de maderas, monos, quioros, guatusas. Todo lo apearon, lo mataron y lo quemaron. Nuestro sencillito mundo se hundió. Nos habían aniquilado. Rendirnos a este infierno o morir, era la única alternativa.

Humillados, tomamos lo que de nuestra hacienda habían dejado y lo sembramos de maíz, que amarillento y triste ni siquiera llegó a cabellar. Tractores retrocediendo y empujando. Poniendo las tierras de abajo arriba y las de arriba abajo, y con estañoneras de gasolina que empapaban todo para avivar el fuego infernal, envenenaron nuestro suelo. Nuestro paraíso generalleño tocaba a su fin.

Allá en Dota, la tierra originaria de mis padres, al sembrar año a año y volver a sembrar en el mismo lugar, hacia el año 13 ya habían agotado sus tierras. Por más que repetían y repetían la siembra, ninguna cosecha recogían. Fue por ello que mi padre en ese año, ya sin alternativa, emigró a este Valle que fue mi paraíso. Aquí mi padre ya no cometió el mismo error. Alternando las tierras año con año, siempre recogió buenas cosechas.

Pero en El General, aunque ya no por las prácticas agrícolas viciadas, volvía a

suceder lo mismo. Ahora era por la carretera, por las máquinas, por el fuego. Pero no hay mal que dure 100 años ni cuerpo que lo resista. Los más viejos murieron de tristeza. Otros enloquecieron. Los menos, a saltos y brincos nos fuimos colando. Pero estamos muertos, esa carretera pisoteó nuestras almas.

En ese estado zombi me encontraba todavía en el 48, cuando Pepe y Calderón, por haberse majado un callo, se declararon la guerra, y en mi idiotéz me uní a Pepe. Peleé, vencimos. Devolví las armas. En ese instante comprendí que nada habíamos ganado. Las armas entregadas las hicieron suyas los gárrulos de siempre. Los mismos que por la carretera entraron a hacer de las suyas, y que esta vez, sin participación alguna, se adjudicaron el triunfo. Ya tomado el poder fueron coroneles mayores, diputados, y presidentes. Peor que los anteriores resultaron.

CON EL INFIERNO A CUESTAS

Treinta y cinco años tendría y cada vez estaba peor. Un callejón sin salida era mi vida. Me habían moldeado exclusivamente para la hacienda y fuera de ella no era nada. Mi trauma ya había tomado forma, cuerpo, vida.

En una ocasión, cuando estaba leyendo bajo una sombra, agazapada y sigilosa en forma de lámpara de Aladino se fue materializando. Era la misma, con su mismo color de bronce, pero viva. Como perro regañado se me acercaba. Ante mis gestos de seguridad se hacía un puño. Pero con mi menor acción de flaqueza continuaba hacia delante. Me

distraía. Quería acomodarse nuevamente. Y lo alcanzó. Se acomodó. De inmediato mi locura se multiplicó. Ni mi mujer me contenía, ni yo mismo me soportaba. Dos caminos me quedaban: huir de esta infernal realidad o despedazar mi cabeza contra el pedregal. En un impulso cargué un caballo con prendas de abrigo y alimentos. Luego ensillé otro, monté y tomando de diestro el ya cargado enrumbé a un lugar más allá de la loma. Era un terreno que, por su semejanza con el lugar donde nació, había adquirido.

Desde el instante en que tomé el estribo, resucité. Nací nuevamente. Pronto dejé atrás los caminos lastrados. Las vías ruidosas, aceitosas y motorizadas. Recorrí viejos trillos enmontados, estrechos y enmarañados. Sin puentes ni nada, crucé quebradas, ríos, bajé y subí lomas, atravesé charrales. Iba a reventar de gozo. Mi alma no cabía en mi cuerpo. De nuevo era solo mío. Montaraz nuevamente.

Salí mucho antes de aclarar. Son las 9 de la mañana: estoy en la loma de Miramar. Hacia el oeste miro el océano Pacífico y al este el Valle del General (mi valle). Me bajo. Amarro los caballos. Tomo el almuerzo. Voy de camino a la gloria. Esta loma virgen, con su trillo medio a medio, sus colgantes parásitas, palmitos, palmas, colegallos y gambados palencos alrededor. Son eso y me confunden. No sé si abrir el almuerzo; pero no, dejaría de percibir, como debiera, estos trinos y perfumes sublimes mientras como.

Nada sé. Estoy cerca de la gloria. Siempre abro mi almuerzo y tomo el primer gallo. No puedo llevarlo a la boca. ¡Allá en la lejanía, escucho nostálgicos quioros cantando, monos congos aullando y milenta aves trinando! A otros mundos me han transportado. Por fin decido morder el alimento. Aquellos olores a hoja de plátano soasada y aún caliente, la tortilla, la torta de huevo, el arroz y los frijoles y aquel sorbo de leche, me devuelven a mi infancia. Mi madre saca una tortilla del asadero y con un vaso de leche al pie de la vaca, me pone a degustarla. Esos sorbos aún se conservan en mi paladar. Mi alma vibra: soy el mismo de la hacienda. Lo más bello de este mundo siento en este instante. Terminé el almuerzo.

Emprendí el camino nuevamente. A las tres llegué al rancho. Desensillé. Solté los caballos. Colgué la hamaca. Me tendí sobre ella. Al instante dormía como tronco. Un par de horas después desperté tan satisfecho como en la hacienda. Lentamente fui enderezándome, al final, ni eso. Únicamente me di la vuelta, y este giro me transportó no sé hasta donde. Desde una rama, una pareja de setilleros, saltaban al mismo tiempo. A cierta altura, ya unidos de sus piquitos, bajaban nuevamente y así continuaban su ritual de apareamiento.

Cada vez con más ternura subían y subían. Con ellos me fui elevando. Ya nada miraba. Solamente mi alma por dentro. Era lugar celestial. El aire no era aire, era el aliento de Dios. Los colores tam-

co. Eran su color. Por ese segundo, conocí el cielo.

Poco alcancé meditar sobre ese contacto con el Hacedor, pues del goce quedé dormido y empecé a soñar. Primero fue el mismo sueño de siempre. Lugares sin salida, escalada de peñas donde ni para atrás ni para adelante, despeñaderos sin fin, puentes trancos que dan a caudalosos ríos. Perdido y a caballo en ciudades desconocidas o en San José, en medio de un restaurante repleto de clientes, sentado en un servicio sanitario haciendo mis necesidades...

Pero de pronto ya fue sueño de verdad: me encontraba del otro lado del río, allá en la hacienda de mi infancia. Ya eran potreros esas montañas vírgenes de cuando nació. El río no corría por donde lo hacía. Había abandonado ese cauce y tomado el viejo, por el que siempre imaginamos transitó siglos atrás. Yo me encontraba entre el actual y el surgido en el sueño. Había algo construido: podría ser una casa, galera o bodega. Se escuchaban voces fantasmales dentro. Afuera presentía imágenes que me animaban a cumplir mi misión: porque frente a mí se encontraba una vaca con el cacho izquierdo recto y hacia delante y el derecho retorcido en espiral. Sabía que tenía que amarrarla y hacerla cruzar el río. Pero para hacerlo solo contaba con una argolla de las que usan los cogedores de café para amarrarse el canasto. Se la tiré con la intención de meterla en el cacho curvo, con tal suerte que se metió en los dos. Ella en lugar de huir como se esperaba, más

bien, sumisa se me acercó. Y al tomarla de la argolla, me siguió como cordero hasta el río; pero en lugar de cruzarlo, siguió ribera arriba y encontró el cauce viejo que estaba seco. Lo cruzamos. De pronto se devolvió a tomar agua. Nuevamente estaba lleno. Dejé de tomar y subió hasta el llano. Ahí estaba el corral viejo, con la pedrona. Era el mismo llano de la casa vieja.

Desperté. Claramente interpreté el propósito de aquel sueño: el placer del viaje, la loma, el cortejo de los setilleros. Era claro: este sueño tenía el fin de que reconociera mi infancia y mi adolescencia. Ese viaje me había transportado hasta ahí.

Aquella vaca de mi sueño no era cualquier vaca. Era parte mía, más bien parte de mi formación. Con otra pinta y otros cachos, pero era la misma. En mi adolescencia mi hermano No. 10, con su ignorancia, me animaba a montar vacas, toros bueyes y todo tipo de animales montunos, hasta ponerme en peligro. Esa era su diversión: ponerme en aprietos a los que él no se exponía.

En ese viejo corral los encerraba, apealaba y pretaleara, y yo ya sobre esos brutos, soltándolos abría el portón. Ya afuera, brincaban, berreaban, corneaban cruzaban el río restregándome contra toda la breñonada y todo lo que se atravesaba. Por más que se enfurecían, jamás me tumbaban. Ya agotados los animales, y con la lengua de fuera, las hacía cruzar nuevamente. Hasta que no entraran al corral no me bajaba.

Pero hubo una vez una vaca, que cada vez que la montaba, brincaba más, y más fuerte. No me botaba. Siempre doblegada entraba nuevamente en el corral. Pera cada vez parecía olvidada de la lección anterior. No se doblegaba. Pero un día cedió totalmente. La monté y mansamente caminé hacia donde la guié.

En adelante fuimos dos seres en uno. Donde me veía se acercaba, se miraba realizada junto a mí, y yo lo mismo, la palmeaba y me montaba. Arreábamos las otras vacas. Paseábamos por la montaña por la ladera. Por todo. Solo juntos queríamos estar.

Era ella. El alma de mi mejor amiga que comprendiendo mi confusión y localizando el viejo trillo, me lo aclaró. El mensaje me acercaba más y más a la raíz de mi trauma central. El galerón troje o bodega era la esencia de la casa donde nació. Cualquiera de las tres era ella. ¡Venciendo el tiempo había regresado de verdad a mi infancia!

Las imágenes percibidas dentro eran los espíritus de mi madre y quienes con amor me dieron la bienvenida a este mundo. Quienes presentía fuera eran aquellos que, comprendiendo las causas de mi confusión de adolescente y mis torpezas en adelante, me apoyaron siempre.

Aquel sueño con la vaca me lo aclaró todo. Así son los sueños de sanación. Dormí profundamente el resto de la noche.

ME RASPÓ EL ESPINAZO EL CACHUDO

Desperté muy temprano y a las 6 de la mañana ya tenía listo el desayuno. El agua que desde lo alto de la montaña había entubado, llegaba con presión inimaginable. Ni tenía forma de cierre. Solamente bajé de la hamaca. Me deschingué y me metí al chorro. Salí, me vestí y me puse a pensar en lo que verdaderamente me había traído por estos lados.

Un par de horas después, armado de dos canfineras, canfín, machete, alguna comida y una cobija, me interné montaña adentro.

Iba pensando en aquel cuadro religioso de San Jorge pisoteando con su caballo un dragón que era el mismo cachudo y rabudo diablo materializado. Era un oscuro cuadro que mi madre heredó de su madre y que, para tormento nuestro, colgó en la parte más visible de la sala. En vela pasaba yo las noches imaginándome chasparreado en los meros infiernos por matar un pajarito o cualquier travesura

No cabía en mi mollera que ese monstruo antes fuera Luzbel, el ángel blanco y bello, preferido de Dios y que, por una tontería cualquiera, Dios ya racista lo transformara en diablo negro y perverso, y le construyera aquellos infiernos de llamaradas, para tormento eterno de él y de nosotros.

Y para enfrentar mi razón a tan incrustada idiotez me estoy internando en esta montaña virgen. Pueden ser las tres de la tarde. Construyo entre cuatro horcones un

cho pajizo donde pasar la noche. Soy campesino. Esto lo sé hacer muy bien.

Mientras estuvo claro ni pensé en el cachudo. Con la oscurana iniciaron dudas y temores. Crujo de escalofríos, deseo salir corriendo. Quiero regresarme al rancho. Al oscurecer totalmente, el temor del mundo se apoderó de mí.

En la aldea y a pleno día, afirmaba que el diablo era obra de inventores, vividores del invisible, para con ello intimidar ingenuos y exprimirlos con el diezmo. Pero en medio montaña y en esta oscura noche, el temor se apoderó de mí. La venganza del cachudo me atormentaba. Me hice un ovillo en la cobija. Temblaba de pies a cabeza. Por mejor cubrirme, me descubijo. Siento su peludo rabo rozando en cada parte descubierta.

Dormir es imposible. Al rabo no le temo tanto como a su cornamenta. Lo imagino como a un toro curseado que con el rabo levantado, incrustando su cornamenta en mis intestinos, bañado en boñiga me tiene.

Algo gimí allí en la lejanía. El pelo de la nuca se me engrifó nuevamente. Se me secó la garganta. Aquellos infernales cachos los sentía clavados en todas partes. Siento mi ser paralizado. Todo puede ocurrir. Hasta mi corazón puede pararse. Pueden ser las dos de la madrugada: el temor al cachudo está disminuyendo. Se apagó una canfinera. Alcanzo valor de donde no tengo. Me levanto y la enciendo nuevamente. Por fin me dormí. Amaneciendo

desperté. Tres días durará la prueba. Mientras llega la siguiente noche alisto bejuco cucharilla y hago canastos.

Comí y me acosté. El temor había disminuido aún más. A eso de las diez me dormí; a las tres me desperté. Las canfineras se habían apagado. Ni me preocupé, seguí durmiendo.

La última noche ni entendí las canfineras. Fue una noche placentera. Además, de haber desterrado tales mitos diabólicos, y babosadas de brujería, había tenido un sueño revelador.

Miraba sobre un remolino que girando formaba un ojo huracanado y que éste extraía las partes más profundas y finas de mi cerebro y seguía girando.

Al percatarme de que esa desintegración que ahí giraba eternamente era yo mismo, mi inconsciente, mi odiado pasado, creí que ya me entendía. Pero al comprender que al desintegrarse mi pasado yo nada era, creció mi desesperación. Aturdido me asomé a mi cerebro. Sí era el mío pero sin mí mismo. No salía de mi asombro. Toda una vida odiándome y ahora que me destruía, me arrepentía de tanto odio a mí mismo.

Pero ya era tarde. Aquel ojo seguía girando, pulverizándome más y más. Y de milagro razoné: hasta que se pierda lo que se tiene me dije se conoce su valor. Recordé a algún filósofo que había dicho *yo soy yo y mi circunstancia* y saqué una conclusión: si no definiendo mis circunstancias no me definiendo yo.



Desperté y reconocí que no son inventores de infiernos esos que asustando con ellos recogen y viven del diezmo. Ellos son el infierno mismo. Esta vida nace sin sentido; cada cual se lo da. Ellos se lo dieron a su manera; que con su pan se lo coman. Yo influenciado por ellos como tantos durante años le di ese sentido que me enseñaron. En adelante respetaré tales afirmaciones, pero jamás las compartiré. Me acaricié. En aquel momento me sentí como el más bello ser que ha parido la tierra. E imaginándome ya sano emprendí el camino de regreso a mi aldea.

REGRESO AL INFIERNO

Aquel día me fui a mirar el río. Pude mirar ambos ríos, el que fue y el actual. Por un lado, mi mente miró el que fue, el puro que recordaba. Aquel con sus pocerones sombríos, oscuros, sombreados azulados, cargados de peces. Y sus pequeñas pozas cristalinas soleadas y tornasoladas también cargadas de peces donde día a día nos bañábamos. Se miraba hasta el fondo cristalino con sus piedras pobladas de algas de la mayor pureza y del color verde más vivo imaginable. Machacas, sábalos y roncadores pastaban en la profundidad y al hacerlo dejaban sus panzas relucientes hacia arriba iluminando todo, el alma, todo.

Ida. Extasiada se encontraba mi mente añorando mis dorados tiempos. Soñaba que natura y yo aún éramos el mismo. En los tiempos cuando para pescar bastaba cuerda y anzuelo y enganchar en éste una cucaracha, un chapulín, o un insecto cualquiera. Bastaba lanzarlo al agua y enganchado al anzuelo, el pez venía.

Ya más sugestionado, imaginaba ese pasado en el presente. Pensaba que tal desgracia fue simple pesadilla, que la tal carretera no había partido en dos el famoso Cerro de la Muerte. Y todo continuaba como antes. Pero al abrir completamente mis ojos, miré la realidad.

Pero cuando mi mente dejó de mirar el antiguo río, mis ojos vieron entonces el verdadero río, el de hoy. Los pocerones azulados cargados de peces fueron transformados en burbujeantes y fétidos estancamientos, cundidos de caca, vísceras, aves y perros muertos.

No soportaba aquella pestilencia. Con ella incrustada en todo mí ser, regresé. Intenté por muchos medios apaciguarla. Me bañé y perfumé a profundidad. Nada. No pude más. Aún con náuseas me fui a la cama. Al instante empezó a temporalear. Con un ojo abierto y otro cerrado yo dormía. Ni sé si dormitaba o soñaba. La incertidumbre me mataba. Ya ni medía si mi diluvio era igual o peor que el de Noé. Estaba en peligro, hasta mi misma casa podría inundarse, y en un correntadón ir a escostrar a medio estancamiento revuelto con cacas y perros muertos. Aquel temporal ya

era pesadilla. Infierno mental. Ni sé como llegué hasta el río. Aquello era oscurana, bruma y vientos. Al inicio supuse que estaba amaneciendo. Pero sólo eran claras que traía el viento. No se escuchaba tan crecido; pero sí llegaba tufo a muerto. Mi vista se fue acostumbrando a la intensa bruma. Alcancé a mirar claramente.

Como siempre supuse aconteció. La tierra impermeabilizada, ya sin absorción hizo que aquel diluvio se deslizara por toda su superficie, hasta formarse en borbollones que arrollando todo a su paso, y en avalancha, transformó arroyos en machos de agua y afluentes en torrentes incontrolables, que al desfogar al río y ya éste sin cabida, creció ensanchó y desbordó indescritiblemente.

El punto en la margen desde donde lo observé esa última vez (que es el mismo en que en el sueño la vaca se devolvió a tomar agua) se encuentra a cien o más metros adentro del punto marginal desde donde ahora observo (que es el mismo donde la vaca del sueño llegó a la segunda terraza, después de subir la cuestilla). Estoy atónito. En el primer instante no digerí la magnitud de la tragedia. Mi río caquero había arrasado con la primer terraza. Los cauces de antaño, fueron rellenados, profundizados los actuales. Hectáreas y hectáreas cubiertas de piedra y cundidas de humanos y animales muertos. Este impacto de palpar lo soñado con tanta antelación y realizado ahí, fue tan fuerte que restó importancia a la gran tragedia.

Ahora mi mente solo una meta tenía: descifrar tales premoniciones soñadas. Aquel sitio donde inició el sueño, y por donde pasaba montado en la vaca desapareció. (Eso presentía en el sueño). Las aguas corriendo por los cauces viejos que en el sueño veía y la vaca me mostraba que aún eso no sucedía. Presentía que sucedería.

Me sentía mal. No debía permanecer ni un minuto más mirando a natura castigando culpables. Recordaba un pensamiento de mi amigo José Cruz: "En el cielo, purgatorio o infierno, no castigan nuestros pecados. Por nuestras malas acciones somos castigados aquí y por nosotros mismos. Ellas son bumerang que se vuelve en contra de nosotros. Por los males que causemos a mamá natura, ella misma nos castigará."

Decidí esperar hasta el amanecer. Desde donde estaba parado, divisaba el completo entorno donde crecí. El lugar donde nació, La Angélica donde crecí. El potrero de este lado, el pedrero del otro. Pero ni me atrevía mirar lo destrozado que estaba lo que fuera mi montaña. Mi paraíso terrenal. Al fin me atreví. Y erguido como militar, la miré de frente. Quedé paralizado: no atinaba si a llorar o a reír. Pero un instante después todo lo comprendí.

Natura no perdonó a los dañinos que solo por dañarla destrozaron su capa vegetal hasta cerrar sus poros y impermeabilizarlo todo y, sin más, al encontrar su porosidad sellada, sin posibilidad de

filtración, dejó el agua correr a la libre arrollando todo hasta convertir esos mansos arroyos en zanjones, despeñaderos y canforros que, con desbocada turbulencia, por ahí bajaron con todo y casuchas los culpables.

Eso comprendí. Pero no alcancé a atinar por qué se les castigaba a los animales y a la misma tierra. Pues junto con tales chusmas por ahí también bajaron. No me perdonaba. Junto con ella, que soy yo mismo, tuve que haber luchado por ella.

Estaba humillado. Era culpable, cobarde. Nada defendí ni definiendo. Sentí deseos de huir sin mirar siquiera atrás. Me contuve: sería mi última cobardía. Tendría que matarme ahí para perdonarme. Y mi actitud cambió. Dejaría en adelante de llorar como niño, lo que debía defender como hombre.

Con la mayor convicción, me erguí nuevamente, y mirando de frente, mandé al diablo lamentos y justificaciones, y me propuse adquirir mis paraísos mentales para reforestarlos con árboles autóctonos -chancho blanco, ira-rosa, tiquisaro y quizarra- de los que conocí crecidos como gigantes. Árboles de follajes tan densos que hacia arriba no se vería el cielo, y hacia abajo, las hojas caídas desde el inicio del mundo, den forma a capas de humus para refugio y alimento de insectos y lagartijas, que son alimento de armadillos, zorrillos y pizotes que, al remover y escarbar todo para atraparlas, dan fluidez a la porosidad, y así por sí solos irían llegando nuevamente los animales

silvestres. Renacería mi paraíso.

Monos carillas, Tetis, colorados, aulladores aves culebras y todo lo que Dios creó, irían llegando. Y como todo pasado está en la mente grabado. Y lo bello grabado con mayor fuerza aún. Mi mente empezó entonces a reproducir en lo más sensible de mi ser la mezcla de cantos y aromas silvestres con mugidos relinchos y aromas domésticos que disfruté al venir a este mundo. Fui extasiándome. Ni quería moverme. Temía salirme de ese éxtasis y todo fue conjuntándose nuevamente. A corta distancia del punto donde estaba. Miraba el sitio donde nací. Hacia atrás, y a poca distancia, la Angélica donde crecí. A la derecha, el corral donde montaba vacas y toros.

Todo mi pasado estaba ahí apuñado, anudado, revuelto entrelazado. Ahí miraba aires puros apuñados con puteros y sus lacras, sinceridad y lealtad, de la mano con falsedades. Honorables campesinos hechos miel con ladrones que entraron. Conservacionistas locales afiliados a destructores foráneos.

Esta maraña cerebral, comparable a entresijo de culebreros en brama. Convirtió mi mente en un pote de azogue en movimiento, que derramándose y volviéndose a juntar, ninguna idea une. En todo me convirtió al mismo tiempo. Pendejo, niño, nada. Ni sabía donde estaba. De pronto un impertinente me interrumpió. “Señor, señor está llorando señor” decía. “Está llorando señor”, insis-

tía. Fue al mirarlo de frente que el impertinente pasó a decir: “Se está muriendo señor. Está desquijarado, señor empapado en sudor, señor. Se está ahogando en lágrimas, señor. Atragantado en mocos, señor.” No fue sino hasta sentir aquel moquero ahogándose, que me percaté de que no era yo mismo el que lloraba tan lastimeramente era aquel niño que vivió en el paraíso terrenal y una carretera se lo arrebató y gritaba a los cuatro vientos: “Mamá, papá, todos, no me abandonen en medio de esta ruina”. Posiblemente esto y más gritaría, porque solo escuché al metiche cuando decía al compañero. “Jalemos, jalemos: este hace tiempo viene loco.”

Luego sentí sacudidas más fuertes. Pude escuchar voces de mi señora. Quería mirarla no podía. Poco a poco se aclaraba mi mente. Las brumas se diluían, claras matinales iban apareciendo. Al fin pude mirarla, era ella. Se notaba soñolienta, quejumbrosa. Agotada. Su voz era cansada trasnochada. Muy quedo la escuchaba diciendo: “Sergio, Sergio, dejá de llorar y gritar, estoy cansada. Ya amaneció. Quiero dormir”. Fue al mirar por la ventana y apreciar aquellos nítidos rayos de sol iluminando toda la cordillera que se aceleró mi confusión y ya apenado quise informarme sobre tan brutal temporal arrasador de todo, con sus perros y hombres muertos, inflados unos y otros ya estallados y la zopilotea con sus buches tan repletos que ni podían volar. Bueno de toda la tragedia necesitaba informes.

Mi señora, ya en malos términos me contestó: “Te has pasado la noche loqueando, en pesadillas y yo en vela, sin saber si llamar al loquero con su camisa de fuerza: y ahora salís con estas. Ya no resisto más ¡Voy a llamar al loquero!”

UN TEMPORAL EN LA MONTAÑA

Este otro temporal de hoy me recuerda uno de los más terribles de mi vida, cuando me perdí con mi hermano en la fila Sisica.

El 11 de octubre de 1945 mi hermano Hernán y yo salimos de cacería a esa fila, que no pasaba largo de nuestras abras. En cierto momento, el perro alzó un rastro importante que faldeando de oeste a este y a nuestra derecha se internaba más y más. Desaprensivamente nosotros lo seguimos. Ni idea teníamos de que esa fila era divisoria de aguas. Las de la izquierda y caminando hacia el este desfogan en el río Pacuar, afluente del Térraba que desemboca en boca de Coronado; las de la derecha: afluentes del Barú.

A ESO DE LAS TRES EMPEZÓ A TEMPORALEAR.

Ya habíamos amarrado el perro. Siempre imaginando que veníamos por la falda izquierda y que aguas abajo saldríamos a nuestras abras, continuamos aguas abajo. Bajábamos y bajábamos y el temporal arreciaba.

Ya iba llegando la noche y, sin percatarnos del error, seguíamos y seguíamos. Las aguas que imaginábamos seguir hasta salir a nuestras abras, eran pequeñas y es-

tas ya eran “pescueceras”. Ya casi no se veía cuando nos pusimos a construir algo donde pasar la noche.

Toda la noche llovió y poco o nada nos protegió lo construido. Hechos barro amanecimos. No obstante, dos milagros acontecieron. El primero era que el calor del perro algo nos había calentado. El segundo era que una gallina de monte amaneció entumida a poca distancia, mi hermano de un tiro la mató, la medio peló, la destripó y, echándola al saco, partimos.

Cada vez estábamos más extraviados, más alejados, pero imaginando ya salir a nuestras abras. El temporal arreciaba. Aunque comíamos chonta y palmito, aquella empapazón y el crujiir de tripas devorándome por dentro me estaba matando.

Mí hermano sabía que aquella gallina de monte había que chamuscarla y medio cruda comerla. El era previsor: bien envueltos y secos traía fósforos y un cabo de candela. Pero no encontraba algo seco donde encender fuego.

Ya tarde, bajo un palencón caído lo encontró. Había colegallo. Ahí mismo construimos para pasar la noche. Sin sal y casi cruda nos comimos la mitad de la gallinilla. La otra mitad sería para el desayuno. No cesó de llover toda la noche, pero escapó al amanecer.

Ni sé a cuantos kilómetros alejados de las abras y caminando al contrario nos encontrábamos. Pero imaginando que pronto a ellas saldríamos, y calentando el

otro pedazo de gallinilla, junto con un par de palmitos asados, desayunamos y partimos.

Ya no llovía, pero al caminar quebrada abajo con el agua hasta el pescuezo, ni un pelo teníamos seco.

Ese día mi hermano mató un enorme y gordo mono colorado, que de igual forma peló, destripó y echó al saco. Al poco rato, un alegrón de burro: embocamos a un abra que pensamos que era la nuestra y como locos gritábamos de alegría y alabábamos a Dios por guiarnos hasta ahí. Pero al rodearla comprendimos el error, se trataba de una abrilla cualquiera, abandonada, sin rancho, salida ni nada. Pero tenía una cepa de banano con un racimo pintón. Con todo y mancha comimos los que pudimos; el resto al saco, revueltos con el mono pelado y destripado, para la cena. No fue tan triste esa noche. Encontramos un buen sitio para acampar y atiparnos de banano y mono asado.

Mientras tanto, papá alarmado pero con su control, buscó tres monteadores montañosos de la zona. Hombres de verdad: Chico Barrantes, Moncho Segura y Rosa Mena, se llamaban.

Contó luego papá que sin mucho detalle les comunicó nuestro extravío en la fila La Sisica. Ellos solo dijeron: "Esos carajos agarraron por la Bijagual abajo. Tengamos fe que a donde la Bijagual se junta con el río Diamante aún no llegan, y si llegaron y pasaron de ahí, ni para qué buscarlos".

"Ese río es endiablado, precipitado. A poco se convierte en los chiflones y cataratas del Diamante: el animal de monte que ahí se ha caído, en pedazos llega al bajo. Caerle a esa junta y si no han llegado, seguir Bijagual arriba es lo que nos queda."

Nosotros, siempre imaginando que pronto saldríamos y bien hartados de mono y banano, seguíamos quebrada Bijagual abajo. A eso de las 11 y todavía con mono ahumado en el saco, oímos el primer grito. Ni imaginábamos que nos anduvieran buscando. Luego el otro. Y nos hicimos locos: Hernán gritaba y reventaba tiros. Yo lloraba y daba planazos en los árboles con el cuchillo. Era un mocososo de 14 años y no me contenía de llorar y llorar.

Aquella impresión de ver a Chico Barrantes, como un animal montaraz reventando bejuqueras y todo, hasta llegar donde nosotros a salvarnos, no sale de mi mente. Aún hoy cuando esto escribo brotan lágrimas de mis ojos. Revivo el trance y admiro la hombredad de mi hermano y de aquellos montañeses.

UN TEMPORAL EN LA CIUDAD

Fue el 14 de octubre de 1945 a las 11 del día cuando nos encontramos en la fila Sisica, después de sobrevivir a un duro temporal en la montaña. Cualquiera pensaría que no hay nada peor que eso. Pero diez años exactos después, el 14 de octubre de 1955, cuando ya era un hombre con obligaciones, me encontraba afrontando un temporal más peligroso y

en este caso en la ciudad, en la plena capital.

Ese año había nacido mi primogénito. Venía con los pies torcidos y me explicaron que sólo en la capital se podía atender. El 11 de octubre de ese mismo año salimos por la vía aérea hacia San José a realizar las primeras consultas. A la deuda de ese viaje y de la atención médica que necesitábamos se sumaron los daños que el diluvio de tres días seguidos hizo en la finca de la cual vivíamos.

Hasta entonces poco me había preocupado por el dinero. La casa "Angélica", donde crecí, era un lugar donde todo el que llegaba comía y era atendido con amor y sin paga. Allí se albergaron durante mi infancia y juventud docenas de huérfanos y niños abandonados, los cuales mis padres mantenían hasta encarrilarlos y lograr que se defendieran por sus medios.

Por eso no estaba preparado para enfrentarme a un mundo tan utilitario en que debía pagar por todo. Hospedaje, servicio médico, pasajes aéreos. No obstante, a última hora pude salir adelante. El hotelero me dio crédito y la empresa de aviación hizo lo mismo. En una pequeña avioneta regresamos todos al General.

A las 11 de la mañana del 14 de octubre alcancé a mirar los efectos del temporal. Mi pueblo era un caos total. Los ríos desbordados corrían por doquier: tacotales, sembradíos repastos y charrales transformados en playones y nuevos cauces. Puentes, ca-

sas, animales y gente bajaron por aquel correntadón.

La finca que cultivaba estaba situada al final del campo de aterrizaje. Desde arriba pude mirarla y al bajar apreciarla en su totalidad. Había llevado la peor parte: galerones, maquinaria cultivos y hasta el suelo fértil por el río bajaron. De pies a cabeza me invadió el sentimiento de derrota.

Estaba con una mano atrás y otra adelante. Feliz con mi primer hijo y con mi esposa pero cargado de jaranas, me recibí mi pueblo este 14 de octubre de 1955, a las 11 de la mañana en punto.

Las condolencias llovían. Solidaridad muy poca. Parecía que un infeliz endeudado, sin profesión ni cama en qué caer muerto, con hijo y mujer que mantener, ni siquiera debería existir.

Pero las puertas se fueron abriendo. Los bancos me condonaron la mayoría de las deudas. Era un damnificado. Mi tío Chalo soltero y mayor era dueño de una enorme finca, allá lejos. El Águila se llamaba y llama el lugar donde estaba situada una propiedad que por su edad no podía manejar. Me propuso bajo cláusulas de inversión una sociedad. Yo joven y desesperado, todo lo acepté.

FINQUERO Y PERSEGUIDOR DE DUENDES

Era inmensa la propiedad. Casi era una sola montaña con pequeñas y pocas abras comunicadas entre sí por trillos de a pie y a caballo. El colindante del suroeste se llamaba Encarnación Ureña,

y en un ranchillo en medio de una misera abrilla con mujer, cuatro hijos y una sarta de perros, vivía. Poco labraba la tierra. Cazando y enseñando a los hijos a cazar pasaba el tiempo.

Ese día que se le quedó perdido Rómulo, el de tres años, Encarnación no andaba cazando. Cierta que llevaba los perros y algo se internó en la montaña, pero la intención era apearse unos palmitos y que cada chiquillo trajera uno. 300 metros lo más se habría adentrado, cuando los perros se espantaron detrás de los saínos.

Encarnación que era un cazador incurable solo pensó en la cacería. Como loco siguió tras los perros, hasta que mató al saíno. Ni siquiera se acordó de los hijos.

Por derechuras volvió al ranchillo a pelar el saíno. El hijillo de 5 años ahí estaba. Conociendo bien el trillo, y como el pequeño Rómulo se había quedado atrás sacándose unas espinas de peipute, había regresado sólo al rancho.

El cazador no le prestó mayor atención al asunto y no se puso a buscar al chiquitillo sino hasta que peló el saíno. Ya era boca de noche. Encarnación llegó hasta el sitio en que los abandonó para seguir los perros, gritó y gritó: nada. Lo llamó por su nombre, nada; pero tranquilizó su conciencia cuando comprendió todo: los duendes se lo habían llevado. Lo habían encantado. Solo con música de cuerdas lo desencantarían, lo volverían visible nuevamente. Como se sabe, los duendes son grandes bailarines. Al escuchar

las guitarras u otros instrumentos y ponerse a bailar, la mente les queda en blanco y el encantado vuelve a materializarse.

Convencido Encarnación de estar en lo correcto durmió placenteramente la noche. Él conocía todos los tocadores de guitarra y mandolina del Águila.

Ni tan temprano del otro día Encarnación pasó por mi rancho. No pedía ayuda de montadores para localizar al niño. Más bien andaba buscando gente que lo acompañara para que con toques de guitarra pudieran desencantarlo.

Muchos con almuerillos en la alforja lo seguimos hasta el sitio donde a Rómulo se le vio por última vez. Pocos íbamos a buscarlo. La mayoría creía en duendes e iban a desencantarlo.

Llegamos al sitio. Uno o dos tocaron guitarra ahí mismo porque podría encontrarse cerca. Los demás se distribuyeron para, muy atentos, irse adentrando por los trillos y tocando. En cualquier momento el niño Rómulo se materializaría.

Los que no llevaban guitarra encendían candelas y canfineras con el fin de dirigirse hacia donde su llama los guiara y encontrarlo. A determinadas distancias nuevamente encendían, se orientaban y seguían. A ratos se decepcionaban. No hacía viento, la llama se orientaba hacia arriba. "Está muerto", decían. "Ángeles quiere el cielo", y oraban.

Los pocos que lo buscábamos como extraviado, conti-

nuamente confundíamos con lloros de niño chillidos y desentonos que de guitarras y gargantas salían. Esos chillidos y alaridos al inicio eran razón de mi burla, pero al cabo de tres días ya estaba contagiado. Dejé de buscarlo. Estaba convencido de que se encontraba mejor que nosotros. ¡Se lo llevaron los duendes!

Después de estos tres días de búsqueda y ya completamente convencido de que existen duendes y encantan chiquitos, regresé a mis labores de finquero.

COMERCIANTE CHONETE DE BELITRES Y DE UN TORO MANSO

Como sólo en gastos incurria y de alguna parte debía obtener dinero para mantener la familia, fue por lo que decidí comprar ganado fiado de ese que por arrabalero, belitre y matrero ni regalado quieren los comerciantes, y que por eso fían a los que sin plata y sin noción de nada arriesgan lo que no tienen.

Días de empeño gastaba para sacarlos del sitio. Ya en la calle y sin bulla ni camiones que los asusten poco a poco van agilando, pero ya en carretera y con ese tráfico, sólo se miraban rabos levantados brincando cercas, y yo tras ellos empeñado en reunirlos nuevamente. Las ganancias, si las había, eran insignificantes. Ni un animal podía extraviarse porque no tendría con qué pagarlo.

Sería cuento de no acabar la lista de tragedias ocasionadas por este infeliz ganado montuno. Pero debo contarles las penalidades que pasé

tras el único toro manso que en toda mi aventura de comerciante sin plata compré.

En la partida de belitres que ese día intentábamos sacar de un sitio difícil, venía un toro manso pero con historia propia. Era un toro negro, criollo, rechoncho, mascota de un indio sin ganado ni potrero. Manso, chineado, pero dañino era aquel animal, y un tequio en el vecindario: no saltaba cercas, solo metía la jupa en la alambrada y apuntalándose la reventaba o con ella a rastras se metía. Era tan viejo y de pellejo tan grueso que ni sentía las púas. El vecino del indio, el hacendado que me fió el ganado belitre, fue el que ya hastiado del manso le aconsejó que me lo vendiera.

El indio sólo dijo: "Vale quinientos, pero al contado". Barato me pareció pero para un pelado nada de contado es barato. El hacendado, consciente de que para quitar el tequio sólo quedaba matar al indio con todo y toro o prestarme los quinientos, me los prestó. Y la compra de este negro criollo y manso toro fue mi calvario.

Las partidas belitres y montunas han nacido y crecido juntas, son pájaros de la misma pluma. Producto de errores del hacendado, no las rejiaron al nacer y puede ser que ni sus madres tocaran mecate. Jamás se revuelven con el ganado manso.

Yo imaginaba lo contrario: que este criollo, por manso y macizo, sería el punta, guía que todos seguirían. Pero esta partida tenía su guía, solo a ese seguían.

Cuando empezamos a arriar la partida iban juntos los belitres y el manso. Nosotros con maña los íbamos hermanando. Pero el manso era lento y sin roce de grupo, y en el menor descuido, llevándose cercas en el pecho, se escurría y apartaba. Así actuó hasta que llegamos a la carretera, que esta vez no seguimos sino que, más bien, la cruzamos para seguir por un camino sin tráfico de carros a encerrarlo en un corral 3 kilómetros adentro.

Se avvicinaba la noche. Todo iba bien, tres días de arreo sin cosa grave que lamentar. Había hecho números: estaba aprendiendo a comprar, era el mejor viaje. La totalidad de este criollo, empacado y rechoncho bicho negro, sería la ganancia. Imaginaba a mi mujer feliz, comprando de todo, pagando en la pulpería, poniendo todo al día.

Pero cuando menos lo imaginé empezó mi calvario: el negro sin decir agua va, llevándose cercas en el pecho, se embreñonó. Con sogas en mano lo seguí a pie. Bichos corpulentos y lentos como este, reventando bejucadas y todo, hacen camino. Lo tocaba pero no podía amarrarlo. Los criollos no levantan la cabeza, más



bien la agachan para hacer fuerza.

Esperaba que llegara a un claro donde tuviera chance. Pero ya anochece, y el toro parecía comprenderlo. Al fin salió a campo traviesa pero ya era muy de noche, y tan negro como era el manso, no lo veía. Apenas lo sentía, caminaba y paraba. No le importaba que lo tomara del rabo.

Caminando a tientas íbamos cuando llegamos a los cafetales de los gringos, y siguiendo una calle de café continuamos. Los dos ya no dábamos, estábamos agotados. Él, camuflado en una mata de café se quedó quieto. Yo bien sujeto del rabo ni chistaba. Sentía que él todo lo comprendía.

No se si ahí parado me quedé dormido. Porque ahí estaba pero no sentía el rabo solo me encontraba, por más que a tientas toqué. Nada de toro sentí. Fue cuando sentí deseos de no existir, que me tragara la tierra, me alzara el diablo. O valor para con aquella misma sogas colgarme de algún palo.

Pasaron horas y pensamientos. Debí dormir algún rato más, porque ahora la luna alumbraba todo y cuando ya no sentí el rabo era noche oscura como boca de lobo. Como en sueños volví a mirarlo.

No estaba echado como imaginaba. Estaba a pocos pasos de mí, parado y camuflado en otra mata de café. Parecía ignorarme. Pero no, el centro negro de sus ojos miraba hacia delante. Lo sabía porque claramente miraba la parte blanca de sus

ojos que lo rodeaba. Supe que a mí me miraba cuando deje de mirar la parte blanca y que ya iba a arrancar cuando volví a mirarla. Estaba mirando hacia adelante y segundos antes que lo hiciera me adelanté hasta tomarle del rabo nuevamente. Ya no tenía voluntad de seguirlo y tenía que seguirlo. No podía dormirme y me estaba durmiendo.

Pero como intuía, el manso caminó de nuevo, y yo tras él. Comprendí que él comprendía mi cansancio. Pero que yo el suyo también. Éramos dos, no sé si amigos o enemigos, que totalmente nos comprendíamos.

Anduvo y anduvo. Ya amaneciendo se metió a un crique abandonado, más bien un zuampo y siguió y siguió zuampo arriba. Yo, ya sin fuerzas ni voluntad para seguirlo, aún lo seguía.

Ya rayaba el sol cuando abandonó el crique. Tomó un caminito limpio que daba a un claro y ahí, sacando mi segunda fuerza de campeón y toda la casta inculcada por mi padre, le mandé el sogazo. Cachibarba lo amarré, y como tenía que hacerlo, lo enredé al primer palo que encontré. Ni atención puse de que aquel bicho, al dar vueltas en el palo, despedazó un gallinillo y una matilla de chayote.

Tampoco me percaté de que estaba frente a un rancho, de donde alarmado salió uno que gritaba pero que al reconocermelo, dejó de gritar. Más bien, alarmado al mirarme hecho barro, apenas alcanzó a decir: "Pero Sergio ¿Qué le pasó?". Sólo le contesté:

"Nada, solo que soy el último hijo desgraciado que parió la tierra". Y me sentí desfallecer. Y aquel hombre en la mayor confusión gritó a la mujer. "Fulana, Fulana, alistá café que aquí está un hijo de Joaquín Barrantes".

Y al escuchar el sagrado nombre del que dio todo por sacarnos del jornal y sentirme aquí hecho basura, fui desmoronándome, sintiéndome barro rojo, herrumbroso y viscoso que al deslizarse sobre la tierra y penetrar por sus porosidades desaparecía.

Más tarde, algo repuesto, mandé traer al sangrón carnicero para que me diera por el manso criollo y los belitres lo que le viniera en gana. Lo que seguía era buscar fiada otra partida, con la esperanza de mejor suerte.

AGRIMENSOR Y LOCO DE ATAR

En una de mis andanzas de ganadero, un amigo de mi hermano, confundíndome con él, me había dicho: "Mirá, Ramiro, necesito que vengas a medirme una finca". Le aclaré que yo no era ese (mi hermano era un agrimensor retirado y dedicado a la política). En una segunda vez que encontré al confundido, me insistió: "He hablado con varios vecinos. Muchos quieren medir también". Insistí en aclararle su confusión pero ni atención puso.

A la tercera vez nada le aclaré a aquel curioso impertinente. Sólo le pedí la cantidad de clientes que me esperaban y fijándole fecha de entrada fui en busca de mi hermano. Costó que

Ramiro me atendiera. La política lo tenía loco. El era agrimensor y tenía tránsito y equipo para cualquier labor de ese tipo.

Le propuse que me enseñara a medir ángulos y distancias. Yo me encargaría del levantamiento de campo; él de cálculos, dibujos y catastro. Me enseñó lo que yo pude entender. Me prestó los instrumentos. Me recomendó a un firmón para que hiciera el resto. Con tránsito al hombro y pujos de ingeniero me presente ante el confundido.

Más clientela de la imaginada me esperaba. Pronto aprendí lo básico en agrimensura y topografía. Desde un principio me fue mejor que con la ganadería. El dinero ya alcanzaba y al poco tiempo sobraba.

Pero apareció otro personaje en mi vida: el licor. Al inicio la bebida parecía regularme, pero pronto me convirtió en borracho cualquiera, que ni guarda secreto ni mide idiotez. De manera que mis superados desequilibrios se volvían a presentar y el dinero se volvía ausentar.

Nuevamente hasta el alma de necesidades y jaranas. Nadie, ni yo mismo me soportaba, el mal humor me destrozaba. A los tratamientos de un psiquiatra aún más loco que yo tuve que someterme. Ese médico, que mucho se equivocó conmigo, tuvo un gran acierto cuando, a gritos como otro loco que era, me dijo cosas que bien recuerdo: "Usted, es un simple mocosito llorón, atribuyendo sus chiquilladas a la humanidad entera. Usted es

la desadaptación misma. Usted quiere que este mundo se adapte a usted y no usted a él. Por vivir auto-compadeciéndose deja la sabiduría y felicidad volar de sus manos para que la atrapen los que aprendieron atraparla. A mi consulta usted llegó llorando como Magdalena y podrido de envidia con varios de sus contemporáneos, que rompiendo barreras y esforzándose alcanzaron profesiones. Y hechos médicos, ingenieros y abogados, regresaron. Mientras usted, clavado como cualquier poste podrido, se sigue pudriendo en su pueblo."

Yo le iba a contestar su gran trapeada, pero como si él fuera el enfermo se había retirado furioso. Al salir, encontré a la secretaria que me cobró la consulta.

En esos tiempos Ramiro mi hermano ya era diputado. Además, su título de Agrimensura, obtenido por correspondencia en Escuelas Internacionales, no era válido ante el Colegio de Ingenieros. Ahora otros graduados como él, y con mayor razón yo que no tenía siquiera su título, teníamos que pagar a los firmones para que avalaran todos nuestros trabajos.

Buscando justicia, Ramiro había presentado un proyecto de ley ante el Congreso con el cual se pretendía que, bajo estrictas pruebas universitarias, agrimensores topógrafos y titulados en escuelas internacionales, fueran aceptados en el Colegio de Ingenieros para ejercer libremente.

El proyecto, que era justo y necesario, de inmediato fue aprobado.

Solo había que estudiar y estudiar. No es fácil para un cuarentón con vicios y obligaciones adquirir hábitos de estudio. Mis dos hijos mayores ya estaban concluyendo ese año. Uno había escogido una universidad brasileña, mientras que el otro estudiaría aquí en la Universidad de Costa Rica.

Iniciar estudios a mi edad requería, además de gastos, convicción y empuje. Mucho me ayudó la trapeada que el psiquiatra me había dado para que no fuera pendejo y no me dejara atropellar de los triunfadores. De manera que empecé a ordenarme y a economizar.

Cuando mi hermano presentó el proyecto ya tenía algunos ahorros. Cuando fue aprobado y entró en vigencia tenía lo necesario para afrontar los estudios.

No puedo describir mi emoción al conocer un aula universitaria y más todavía, al sentarme y saberme un estudiante de universidad. ¡Uno, con esta edad y únicamente con el título de sexto, sentado ahí donde sólo los privilegiados se sientan!

Universitarios llenos de vida y desbordantes de humor y a carcajada viva señalándonos, decían: "Mirá, mirá. Trasladaron el Asilo de Ancianos para acá".

Yo creo que nos comparaban con sus abuelos y que en cualquier momento íbamos a hacer pipí en los armarios confundiéndonos con orinales. Con aquel humor yo

sobrellevaba las burlas; pero algunos otros de mi edad se pudrían por dentro.

Fue cuando decidí mirar a mis compañeros de frente: realmente éramos viejos feos, arrugados, canosos amargados, sin modales ni roce. Me reí de mi mismo: era un viejo de tantos.

Ese fue mi bautizo y de ahí en adelante quise mucho más a mis colegas ancianos y admiré a la briosa y occurrente juventud universitaria. En adelante aquella universidad fue mi segunda casa. Si ya viejo y apenas con sexto grado estaba ahí, era por ser un campeón.

El programa en que estábamos todos estos viejos topógrafos empíricos se impartía en la universidad y con un profesor de ese nivel, pero nuestras clases eran particulares y pagadas por nosotros. No obstante, las pruebas si eran a nivel universitario e iban a ser calificadas por esa institución.

La ignorancia madre de toda confusión me hacía creer que era un dotado dominador de todo: una mínima oportunidad y que el sinfín de escalones que con esfuerzo y tesón uno a uno subieron los otros hasta alcanzar su cúspide, yo de un tirón lo alcanzaría.

¡Qué lejos de la verdad me encontraba! Un empírico es un simple memorizador, sin bases, sin roce ni vocabulario, alguien que nada interpreta y todo lo repite.

En mi caso era el primer profesor universitario que conocía. Allá con los míos, al hablar inclusive de medi-

ción de terrenos, nos entendíamos en nuestras propias palabras. Por ello, al escuchar a aquel profesor y sus términos, era como si me hablaran un idioma extranjero.

Nada pero absolutamente nada de aquellas primeras lecciones comprendí. ¿Cómo podría comprender que delta - ángulo y deflexión eran lo mismo, sólo que se apuntaban deflexiones derechos e izquierdos y deltas derechos o izquierdos? ¿Cómo podía comprenderlo si solo medía mis poligonales con acimutales?

¿Cómo podía comprender que mis acimutales eran 360 grados divididos en cuadrantes respetando sus signos y que en cada y distancia con su ángulo que medía formaba un triángulo en que la función seno, coseno y tangente, en su orden, eran los catetos y la hipotenusa, y que todo esto nacía del teorema de Pitágoras?

¿Cómo podía comprender tal enredo si sólo cada vez que tomaba una medida y un ángulo extraía de mi tabla logarítmica seno, coseno y tangente, multiplicaba y ya. Es por lo que ni una palabra entendí en aquel primer día y así continué hasta la primera prueba.

Como presentía, cuando abrí la prueba, nada comprendí. Volví a cerrarla; pero no la entregué. Me la robé. Debía estudiarla. Ese fue el primer paso para entrar en ambiente estudiantil: el de argollas, pillos y compadrazgos.

No tenía que estudiar tanto. Debía aprender a resolver los problemas. De ser

posible, conocerlos un mes antes de la presentación y ojalá ya resueltos. La segunda ambientada me la dio un universitario que por un poco de tragos y bocas me conectó con quien tenía acceso a mucho.

Este nada se robó solo me indicó el que me enseñaría todo. Y, en efecto, este contacto sabía y me despertó bastante. Por una suma convenida se trasladó a mi casa y en poco tiempo me explicó los principios para comprender los términos en que el profesor me hablaba.

En la segunda prueba comprendí y entendí los problemas y hasta algunos resolví. Pasé pero con muy mala nota. En la prueba práctica, en la que me imaginaba un gallo, me volvieron a reventar. En la tercera pasé con notas excelentes y prácticas intachables.

Así obtuve mi primer título en Agrimensura. Luego el segundo en Topografía, y el tercero que ya fue en Ingeniería Topográfica. En este último programa, terminé dando clases. Varios alumnos me decían "profesor Barrantes", aunque otros solo "profe". Aún así, yo como sapo me inflaba.

DE VUELTA AL PARAÍSO

Hasta aquí esto que les cuento, retazos sueltos de mi vida, sin orden ni concierto. Hubiera querido que mi pasado a florara en el orden en que aconteció. Pero mi cerebro no funciona así. Lamentablemente los recuerdos me salen como les viene en gana.

Hoy comprendo que el conjunto de mis experiencias, como nacer aislado, rodeado de virginidad natural, guiado espiritualmente por la santidad de mis padres y educado de una forma u otra por mis hermanos, hicieron de mí lo que soy. Duras experiencias fueron barriendo mis basuras mentales, me enseñaron a devaluar pequeñas cosas que creía grandes, a perdonar lo que parecía imperdonable, a mirar como bello lo que ni siquiera miraba, a convertir lo que imaginaba fracaso o error en experiencias de aprendizaje.

De las mejores cosas que he comprendido es que nadie nace aprendido. Debemos aprenderlo todo. También creo haber entendido que a nadie debo perdonar. Debo perdonarme a mí mismo para que al hacerlo huyan de mí los fantasmas y pueda volver al Paraíso.

